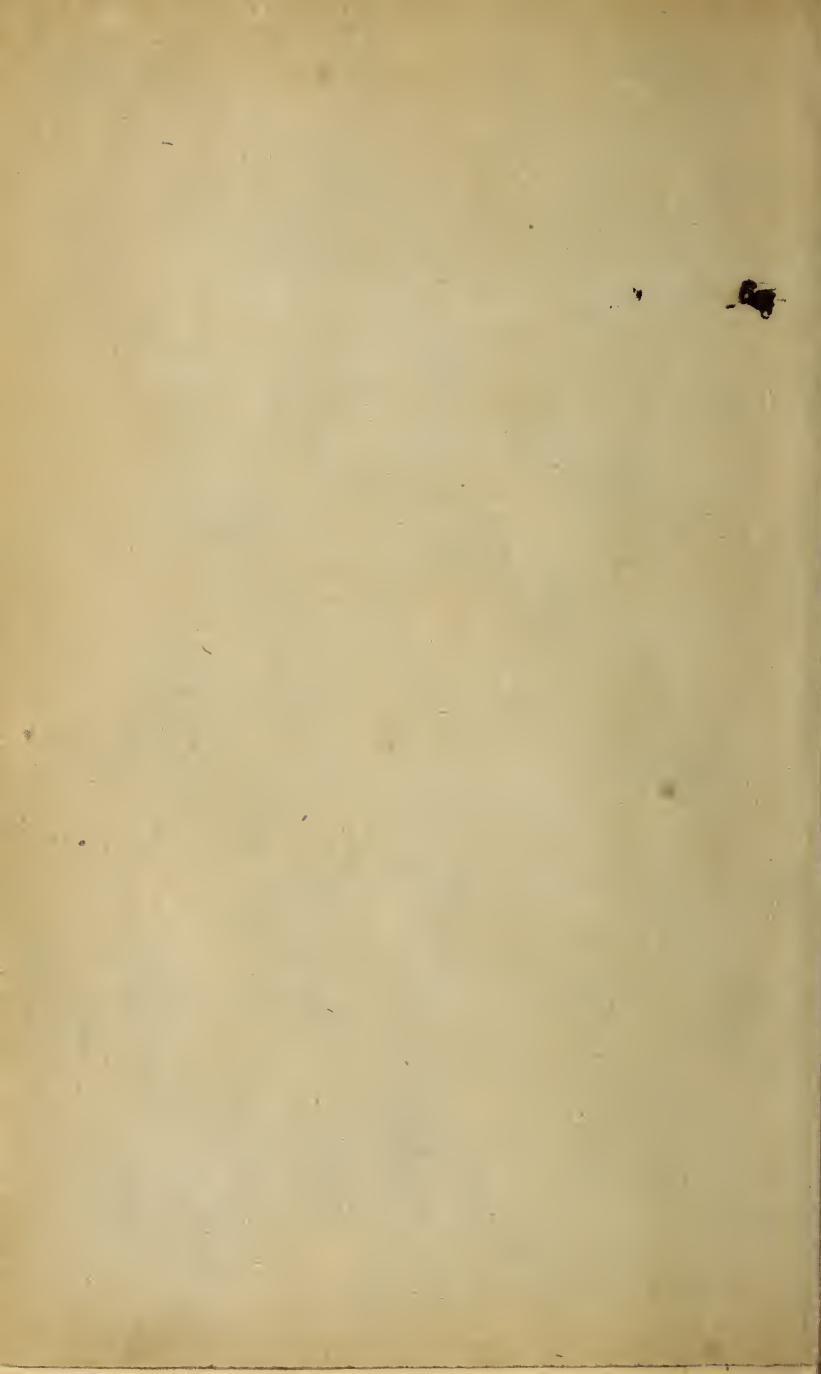


Episcopos
Conjugales.

Robles



No 39.



EPISODIOS

CONYUGALES.

COMEDIA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

EMETERIO ROBLES GIL.

EDICION DEL "PORVENIR."

MEXICO.

Imp. de José A. Bonilla, á cargo de Juan N. Lara.

Bajos de San Agustin, núm. 4.

1874.

| FRYBARGER'S ALPHABET | ALPHABET | ALPHABET | ALPHABET |
|----------------------|----------|----------|----------|
| A | B | C | D |
| E | F | G | H |
| I | J | K | L |
| M | N | O | P |
| Q | R | S | T |
| U | V | W | X |
| Y | Z | | |

PERSONAS.

D. JUAN, esposo de
ANDREA.

D. CARLOS, esposo de
MARIA, amiga de
VIRGINIA.

D. AMADEO,

DIEGO y AMBROSIO, criados.

MASCARAS.

La escena pasa en Guadalajara.

REPORT

OF THE
COMMISSIONERS OF THE
LAND OFFICE
IN RESPONSE TO A
RESOLUTION PASSED BY
THE HOUSE OF COMMONS
ON THE 17TH MARCH 1871
RELATIVE TO THE
LANDS BELONGING TO
THE CROWN

ACTO PRIMERO.

Sala, puertas laterales—una en el fondo—mesa redonda
con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

ANDREA y DIEGO.

Andrea está sentada en un sillón leyendo; entra Diego por el fondo con un ramillete de flores.

DIEGO.—[*Dando el ramillete á Andrea.*] De parte de la Sra. Doña María Fernández.

ANDREA.—¿Para mí?

DIEGO.—Así dijo el sirviente que lo trajo, quien espera la respuesta.

ANDREA.—(*Tomando el ramillete.*)—Bien, dé vd. las gracias á mi nombre.

ESCENA SEGUNDA.

ANDREA (*levantándose*).

Pero mandarme ella flores!..... Algun misterio encierra el ramillete. (*Lo registra y encuentra un*

billete). Bien decia yo; era imposible que ella, con quien ni aun las relaciones mas insignificantes me ligan, pudiera hacerme este obsequio. [*Pone el ramillete en la mesa y va desdoblando el papel.*] Y no hay duda en que el modo de burlar á un marido es ingenioso! ¡Mandarme la carta á nombre de su mujer! ¡Bravo! Aprovecharé la leccion en la primera oportunidad.—[*Lee.*] “Andrea, me es imposible sufrir mas tiempo el estado violento en que me tiene la dificultad de estar contigo. Acabó la prudencia, acabó el disimulo que tanto nos hemos recomendado, y si tú no pones el remedio, temo descubrir de un momento á otro nuestro secreto. Quiero verte á toda costa, porque solo estrechándote en mis brazos, bebiendo en tus labios la copa del deleite, apagando con tus caricias el fuego que me devora, podré adquirir otra vez el aplomo que he perdido. Andrea, por compasion al hombre á quien has vuelto Toco, por tu propio interés, si te importa algo impedir un escándalo que, impulsado por mi delirio, soy capaz de cometer, concédeme lo que te pido: una hora de felicidad y mándame como á tu esclavo.”— ¡Magnífico! Yo tampoco deseo otra cosa.—Romparamos ante todo este papel que pudiera descubrirnos.... [*Rompé la carta y tira los pedazos.*]— Pero ¡ah! para despertar los celos de un marido que tanto los padece como el mio, esos pedazos de papel pueden ser bastantes. Precaucion, prudencia! [*Al decir las últimas palabras recoge los pedazos y los guarda en el bolsillo.*] ¡Y bien! ¡De qué medio me valdré para tener impunemente esa entrevista que no anhela tanto como yo?..... Fuera de la casa es ya imposible.... la suspicacia del viejo despertaria si aun me separara de ella sin

que él estuviera al corriente de mis pasos todos....
 [*Con burla*]. Como que soy una niña que no debe nunca salir sola....—Mas me ocurre una idea... El, aunque celoso, procura darme gusto en lo que no vé peligro, y si yo lograra persuadirlo de que es inocente mi proyecto.... sí; bueno es intentarlo: es mártes de carnaval y nada tendrá de extraño para él que yo piense en divertirme. No querrá, de seguro, que vayamos á ninguna parte; pero yo entonces procuraré que aquí mismo tengamos una reunion, y si es como la deseo, Cárlos podrá venir y venir esta misma noche.

ESCENA TERCERA.

ANDREA, D. JUAN.

JUAN.—[*Dentro*]. Está bien; está bien

ANDREA.—Héle aquí: disimulo.—[*Entra D. Juan Andrea se dirige á él con zalamería.*] Gracias á Dios que viniste. ¡Estaba con un cuidado!.....

JUAN.—¿De verás tenias cuidado, hija mia? Gracias, gracias; pero no te mortifiques nunca cuando tarde un poco mas de lo regular: las ocupaciones se prolongan á veces como uno no lo quisiera, y ya ves tú, es preciso no faltar á los deberes que la sociedad nos impone.

ANDREA.—¿Y no le parece á vd. un deber muy importante el de evitar que su mujer esté llena de angustia, pensando en que tal vez ha sucedido á vd. algo?

JUAN.—[*Con ternura*]. ¡Pobre Andreita!—¿Qué me habia de suceder?—Vaya, vaya; ya estoy aquí y olvidemos lo pasado. Mira, traeme la caja de

píldoras que está sobre mi escritorio; me ha dolido ahora el pecho mas que de ordinario.

ANDREA.—¡Jesus! ¡pero por qué no vemos á un médico?

JUAN.—Trae, trae las píldoras; eso me alivia. No quiero ver á un médico porque me mataria.

ANDREA.—[*Aparte, al salir*]. ¡Y á fé que no seria gran pérdida!

ESCENA CUARTA.

D. JUAN.

¡Pobre muchacha! Una vez me casé con ella y mil me he arrepentido ya. ¡Qué atractivos puede tener para una jóven, deseosa de placeres, del brillo, del lujo, de las atenciones con que el mundo, en otras circunstancias le brindara, un viejo de sesenta años, enfermo, lleno de canas, de un génio áspero, que á fuerza de sacrificios ha llegado á dominar, é incapaz de satisfacer las exigencias de aquel corazon que él ha matado?..... ¡Ah! Y ella, tan buena. Algunas veces, es cierto, se incomoda cuando no le cumplo sus antojos de muchacha; pero conoce al fin que yo no podria darle gusto sin ponerme en ridículo, y se resigna. No me amará porque veo á mi pesar que es muy difícil; pero á lo menos me trata con confianza y con el afecto mayor que puedo inspirar. [*Como desechando un pensamiento que le asalta*]. ¡Oh!..... no.... no..... no.....!—¡Dios mio! ¡que siempre me hayan de perseguir estos malditos pensamientos!..... ¡Ella engañarme! ¡Jamás! ¡Exponerme á ser la burla de la sociedad en que vivo; asesinar

el corazón de un hombre que le ha confiado su honor! . . . ¡Ah! . . . si esto sucediera . . . [Haciendo esfuerzos para tranquilizarse].—¡Vamos! ¡Que piense yo en tales cosas! . . . ¡Deveras que soy un loco!

ESCENA QUINTA:

ANDREA, D. JUAN.

JUAN.—[Tomando la caja de píldoras que ella le ofrece].—Dáme acá. Estas píldoras son muy eficaces para curar todas las enfermedades. [Las toma] y te recomiendo que siempre que tengas alguna indisposición, las tomes, segura de que sanarás; por eso las llaman «píldoras de la vida.»

ANDREA.—¡Qué bonito nombre! Pero á pesar de eso, les tengo horror á todas esas drogas.

JUAN.—Ya llegarás á la edad en que no puedas pasar sin tener un botiquin. En la juventud nos informamos de en donde hay mejores diversiones, en la vejez de cuáles son las mejores medicinas.

ANDREA.—¿Y sabes tú cuál es la causa de tus padecimientos?

JUAN.—[Con jovialidad]. ¿La sabes tú? Veamos, veamos, cuál es.

ANDREA.—Una muy sencilla. Si tú, en vez de fomentar los tristes pensamientos que no te abandonan un instante, los combatieras, otra cosa sería. Crees que estas enfermo, que tus males se aumentan y que de dia en dia tu salud se pierde; la imaginación puede mucho, y aunque en un principio la dolencia que te supones no exista, á fuerza de figurarte lo contrario y de sentir las fa-

tales consecuencias de ella, se convierte en realidad lo que no era mas que un sueño.

JUAN.—A mi edad, pobrecilla, no sucede así. El deseo de conservar la salud, el temor de perder en un momento todo lo que amamos sin saber siquiera si quedará un duradero recuerdo de nosotros, nos hacen dudar de los males que estamos sufriendo, y atribuirlos, por mas que nos atormenten, á alucinaciones que el temor produce. Un viejo muere sin sospecharlo, y aun en medio de su agonía, forma proyectos y se llena de ilusiones para el dia siguiente, en que cree que se hallará sano y lleno de vigor. ¡La sanidad de la muerte y el vigor del alma que abandona su prision!.....

ANDREA.—¡Oh! no hables así.....—De hoy en adelante no mas píldoras ni drogas.....

JUAN.—¿Quieres que muera ya?

ANDREA.—Nó, señor mio; pero el cuidado y conservación de vd. quedan desde hoy confiados á un facultativo inteligente. Yo soy su doctor y su boticario.

JUAN.—¡Inocente!

ANDREA.—Venga ese pulso. [*D. Juan riendo le da el pulso que Andrea toma con torpeza*]. ¡Bien!

JUAN.—¡Eh! ¡si no está ahí!...

ANDREA.—Un facultativo no admite réplicas. Saque vd. la lengua.

JUAN.—Con sentir el pulso basta para recetar.

ANDREA.—Saqué vd. la lengua.—¡Qué enfermo tan rebelde!

JUAN.—Vaya la lengua. [*La saca*].

ANDREA.—¡Hum..... hum..... Bien, bien!

JUAN.—¿Qué dice la ciencia, doctor?

ANDREA.—La ciencia dice que vd. se curará,

pero para esto es necesario adoptar un régimen de que no debe vd. separarse un ápice, so pena de empeorar.

JUAN.—¿Y no han repartido hoy el periódico?

ANDREA.—¿Ese es el caso que hace vd. de mis conocimientos? [*Con enfado*]. ¡No sé!

JUAN.—¡Bah! no te incomodes, oigamos el régimen.

ANDREA.—Ante todo debe vd. abandonar esa vida monótona y cansada que tiene. Distracciones, movimiento, agitacion; hé aquí la base de todo. Ahora se presenta para ello una oportunidad de que debemos aprovecharnos, es mártes de carnaval, dia dedicado á divertirse, y en que nosotros debemos hacerlo tambien.....

JUAN.—¿Y á dónde iriamos? ¡Cuánto mejor estamos en nuestra casa!

ANDREA.—No es necesario salir de casa para tomar la medicina; y de nuevo advierto que como médico no admito réplicas.

JUAN.—[*Aparte*]. Trata de distraerme con sus bromas. [*Alto*]. Me someto, señor facultativo.

ANDREA.—Bien, eso es ya un principio de curacion. Decia, pues, que es necesario, ya que el dia es tan á propósito, arreglar para esta noche una diversion casera, en que vd. se encuentre contento, en vez de estarse ahí leyendo ó durmiendo, como siempre lo hace.

JUAN.—¿Quieres desvelarme? ¡Vaya una diversion!

ANDREA.—¡Chist!..... Vd. se irá á dormir cuando yo lo indique y lo juzgue oportuno.

JUAN.—Pero entonces, ¿qué diversion es esa, ni como me ha de aprovechar, si yo no disfruto de ella?

ANDREA.—Disfruta vd. de la parte que sea necesaria para mejorar su salud; mas como no seria conveniente despachar tambien á dormir á los convidados, cuando vd. deba de hacerlo, ellos continuarán divirtiéndose y vd. se estará en su cama soñando en lo que se divirtió.

ESCENA SESTA.

DICHOS, DIEGO.

DIEGO.—[*Entrando con un periódico*]. El periódico.

JUAN.—Magnífico plan, pero ~~el~~ mejor es el de los prusianos para derrotar á los franceses y voy á divertirme con él.—[*Al volverse D. Juan dirigiéndose á Andrea, esta se levanta dando signos de la mayor incomodidad y despecho, y se dirige á su cuarto.*]

JUAN.—¿Cómol ¿te vas? ¡No me lees ahora como siempre!

ANDREA.—No tengo humor.

JUAN.—Aguarda, aguarda. [*Andrea se detiene ya cerca de la puerta*]. ¿Tienes acaso alguna ocupacion?

ANDREA.—¿Eso era todo? [*Trata de irse*].

JUAN.—¡Andrea! ¡Qué ha sucedido, niña? Vamos; acércate. [*Andrea da unos pasos haciendo alarde de su seriedad*]. Mas.... aquí..... junto á mí.—Y bien, ¿qué es lo que tienes?

ANDREA.—Yo..... nada.

JUAN.—¿Por qué pues te has incomodado?—(*Aparte*). Si diria deveras lo de la diversion?

ANDREA.—No me he incomodado.

JUAN.—¿No, y estás tan seria, cuando hace poco

me hablabas y me divertias con tanta amabilidad y tanta gracia?

ANDREA.—[*Con ironía*]. ¿Con que te divertia, eh?

JUAN.—¡Si vieras cuán fea te pones así! Deja ese semblante tan adusto, ó... ya no te querré.

ANDREA.—¡Terrible amenaza! ¿Me has querido alguna vez?

JUAN.—Te he querido y te quiero siempre lo mismo.

ANDREA.—Muy disimulado es tal amor. ¿Acaso á una persona á quien sé quiere se trata como me tratas á mí?

JUAN.—Pero bien, ¿qué es lo que yo he hecho que tanto te ha ofendido?

ANDREA.—Nada ¿es verdad? Te hablo de un deseo que tengo, de un antojo que quiero satisfacer, de un capricho si te agrada; creo que tú me oirás con gusto y mas aún que tratarás de complacerme: ¡son tan pocas las veces que me atrevo á desear algo!—Y ¿qué resulta? que tu no me atiendes, que ni aun te dignas responderme para decirme: “no quiero,” y te burlas y me contestas solo con el mas insultante desprecio. Esto es muy justo ¿por qué me habia de incomodar?

JUAN.—¡Bien decia yo!—¡Vaya! perdóname si no te respondí cuando me hablabas de tu diversion: creí que era una chanza.

ANDREA.—[*Con ironía*]. Ni podias pensar de otra manera, ¿cómo era posible que yo quisiera distraerme?

JUAN.—Ya veo que lo dices deveras, y ahora te ruego que hablemos de ello; pero alegre, sin esos modales que te caen tan mal.—Ea, siéntate aquí y dime ¿qué es lo que quieres? [*Se sienta y*

trata de que Andrea lo haga sobre sus piernas. Andrea resiste como resentida todavía.]

ANDREA.—Nó, nó....

JUAN.—¡Caprichosa! Siéntese vd. le digo, ó yo seré entónces quien se enfade.....

ANDREA.—[*Sentándose en las piernas de D. Juan.*]
¡Y bien?

JUAN.—¡Y bien! Veamos ahora qué es lo que deseas.

ANDREA.—Evítame el trabajo de decírtelo, supuesto que al fin no has de consentir en ello.

JUAN.—¡Dale bola! Habla, niña, habla, pero con buen modo y con gusto. Tal vez convendré en lo que tú quieres:

ANDREA.—¿De verás?..... ¡Ah! sí, tú eres muy bueno y yo muy injusta; perdóname [*D. Juan se sonríe y la acaricia*]. Pero te estoy fatigando: déjame sentar en esa silla. [*Lo hace*]. Pues señor, deseo que esta noche tengamos un baile en casa. Son tan hermosos los bailes, que ahora que sé que los habrá en otras tantas partes, me ha venido el deseo de que haya tambien aquí.

JUAN.—Aquí un baile!.....

ANDREA.—Nó, pero.... no hallo otro nombre que darle. Ya sé que tú no querrás, ni lo quiero yo tampoco, un baile de etiqueta á que concurra una multitud de convidados á quienes sea necesario guardar mil fastidiosas consideraciones; nó, una cosa sencilla, de confianza, entre puros amigos.—Me ocurre un pensamiento.... sí, sí: convidamos únicamente á las personas de nuestro aprecio: en el convite les decimos que se presenten vestidas de fantasía, de figuron, y de este modo nos divertimos doblemente.—¡Oh! ¡desde ahora comienzo á reír! ¡Qué graciosa estará aque-

lla reunion de caricaturas que bailan, rien y se vuelven locas! Y dime, ¿cómo me disfrazaré yo?... Con un vestido tuyo, sí.... y con el sombrero montado que me has dicho te sirvió cuando en tu juventud fuiste del ayuntamiento.—¡Ya verás.... ya verás!..... [*Todo esto lo ha dicho Andrea con volubilidad y sin dejar hablar á D. Juan, quien la escucha sorprendido*].

JUAN.—¡Jesus! Eres un torrente y ya das todo por hecho.

ANDREA.—¡Cómo!... ¿no me dijiste que consentirías?

JUAN.—Sí, que consentiria en que hubiera una diversion, pero nunca un baile; y para que veas que trato de darte gusto, convengo en que convides á alguna de tus amigas; se cantará, se jugarán juegos de prendas ¿qué mas? ahora procuraré recordar algunas suertecillas que sabia hacer con las cartas, y tambien sabré hacer mi papel en el espectáculo.

ANDREA.—[*Aparte*]. Pero esto de nada me sirve.

JUAN.—Mas un baile, nó nó, ¡imposible!

ANDREA.—Imposible solo porque yo lo deseo ¿no es verdad?

JUAN.—[*Impaciente y levantándose*]. ¡Vuelta á los enojos!... Mira, Andrea, sé razonable y convencete de que tengo justicia.

ANDREA.—Sí ya lo veo; basta que tú lo digas para que sea justísimo.

JUAN.—Nó, señora; no tengo justicia porque así lo digo; lo digo porque la tengo. ¿Querrias tu ponerme en berlina á los ojos de todo Guadalajara, como sucederia si tuviera lugar tu malhadado baile?

ANDREA.—¿En berlina?..... ¡Bah!.....

JUAN.—Sí, porque estamos, desgraciadamente en una sociedad ignorante y nécia, que solo vive de la murmuracion y de la calumnia, compuesta de personas, que, pendientes unas siempre de la conducta de las otras, no tienen mas anhelo que averiguar sus defectos, sus faltas, para hacer despues alarde de ellos y escarnecer al infeliz que cae entre sus garras.....

ANDREA.—¡Y como es un gran defecto, una gran falta hacer un baile!....

JUAN.—Peor que si lo fuera; porque la justa sociedad, Andrea, que enmudecida por el respeto ó por el temor calla ante la vista de un delito que, cobarde, no se atreve á censurar, se levanta en masa cuando ve la accion mas inocente que puede ser objeto de sus sátiras. Nada tiene un baile, dices; nada tiene, es verdad; pero cuando se vea que ese baile es en la casa de un hombre que sobre estar cargado de años nunca ha tomado parte en esta clase de diversiones y aun las ha visto con desagrado, de los nécios, que son los mas, de los murmuradores, que son todos, cada cual segun su genio ó la agudeza maliciosa de que se envanezca, hará comentarios picantes, llenos de chiste, que atraerán sobre mí la burla y la rechifla universal.—“Baile en la casa de ese viejo, dirán unos; mejor deberia pensar en que se acerca su última hora que en fiestas y francachelas.”—Y los que esto digan serán los buenos, los piadosos, pues no faltarán, y muchos, quienes con descaro me ridiculicen, sirviéndoles de pasto para destrozarle mi honor hasta ahora respetado! Ya me parece que escucho, aquí, dentro de mi propia casa, sus temerarias y desenvueltas conversaciones, en que con el tono de la compasion ó la alegría del

desenfreno, se dirá que soy un nécio, un cándido, un viejo imbécil, que sin pensar en mi posición, yo mismo facilito el medio de que seduzcan á mi muger.....

ANDREA.—[*Aparte y con espanto.*] ¡Ah!...

JUAN.—A mi muger; que llena de gracias; en el vigor de la juventud, aburrida de mi ancianidad y fastidiada con mis achaques, será una muy fácil conquista, si no es que dicen que ya está conquistada....

ANDREA.—[*Aparte*]. Nó,.... si supiera algo no lo diria.

JUAN.—Y que el baile no es mas que un recurso inventado para engañarme.

ANDREA.—[*Fingiendo dignidad*].—No siga vd. señor; supuesto que así calumnia vd. á la sociedad en que vive, y á tal grado desconfia, insultándola, de quien lleva su nombre....

JUAN.—[*Como volviendo en sí*]. Andrea.. alma, mia!.....

ANDREA.—Olvide vd, que nos hemos conocido.

JUAN.—¡Andrea!

ANDREA.—Lo he dicho ya.

JUAN.—Perdóname, querida de mi corazon; no he pensado siquiera en ofenderte; sé que eres un ángel y yo soy un infame al haber lastimado, aunque sin quererlo, tu justa sensibilidad. Nó, nó, olvida todo lo que he dicho; pero te amo tanto, desconfio de tal suerte de mis méritos para contigo, que el temor de perderte pudo solo inspirarme esas malhadadas palabras que con razon te lastimaron.—Sí, haremos lo que te agrada, todo lo que tú quieras, pues conozco mi injusticia y de nuevo te pido perdon de ella. ¿Serás tan ingrata que cuando me ves casi con las lágrimas en

los ojos, arrepentido y avergonzado de mi falta involuntaria, conserves aun ese resentimiento que me mata?

ANDREA.—Ha sido vd. muy cruel, caballero...

JUAN.—Usted..... usted..... [*Acercándose y pasándole un brazo con ternura*]. ¿Pero no me oyes, hermosa mia, que me arrepiento, que confieso mi yerro, que te amo con delirio y que solo mi amor asustadizo pudo exaltar mi imaginacion hasta hacerme ver esos absurdos de que ahora me reiria, si tu ceño adusto no me estuviera haciendo comprender lo grande de mi culpa?..... Vamos, Andrea idolatrada, ¿me has perdonado ya? ¿es verdad que sí me has perdonado?

ANDREA.—Por la última vez.

JUAN.—[*Abrazándola.*] ¡Ah! bien, bien; gracias! Ahora dime otra vez lo que querias, para que lo hagamos segun tu voluntad.

ANDREA.—No tengo ya deseos de nada. [*Aparte*]. Disimulemos.

JUAN.—[*En tono tierno, reconviniéndola*]. ¿Así es como me has perdonado? [*Cambiando de tono y con fingida dignidad*]. Pero señor, ¿para qué pregunto lo que ya sé? Sepa vd., jovencita, que yo soy su esposo, y que usando de la autoridad que como tal ejerzo en esta casa, con arreglo á las leyes, le impongo á vd. el sacrificio de que tengamos esta noche un baile de máscaras, al que vd. asistirá, encargándose desde ahora de las invitaciones y de disponer lo necesario. ¿Me ha entendido vd?

ANDREA.—Pero sepa vd. que solo me someto con la condicion de que en lo sucesivo....

JUAN.—¡Picarilla! ¿A qué recordar lo que ya pasó para no repetirse nunca? ¡Eh! Me voy porque tengo una ocupacion; arregla, como te he

dicho, todo lo necesario para el baile, y esta noche nos divertiremos mucho, ¿estamos?

ANDREA.—¿Y también tú te disfrazarás?

JUAN.—¡Oh! sí, por supuesto; mi disfraz consistirá en un semblante alegre y en tomar parte en la diversion. Hasta luego: me tomaré unas píldoras antes de salir. [*Lo hace*].

ANDREA.—¿Continúas malo?

JUAN.—Muy poco: dentro de un momento estaré bueno. [*Dándole en la mejilla, con cariño*]. Adios, ponte muy hermosa para esta noche.

ANDREA.—Vuelve pronto.

JUAN.—Sí, sí.

ESCENA OCTAVA.

ANDREA.

[*Sentándose á la mesa á escribir*]. ¡Terrible susto me dió el hombre! ¿Quién hubiera dicho que no iba muy errado al manifestar aquellas ideas que me alarmaron tanto? ¡Pero lo que son las cosas! ¡Proporcionarme él mismo los medios que ya consideraba yo imposibles para realizar mi prosósito? ¡Oh! no se puede negar que me favorece la fortuna. [*Escribe*]. “El momento que deseabamos ha llegado..... Esta noche se cumplirá nuestro gusto, pues solo con ese objeto voy á dar un baile de máscaras.... A la una de la mañana estará en mi gabinete con dominó azul y una flor blanca al lado del corazon.... quien solo anhela el instante supremo de ser completamente dichosa.... Andrea.” Falta algo. [*Sigue escribiendo*]. “Inútil

me parece advertir que se presente vd. con el mismo traje." [*Cierra la carta le pone sobre y toca la campanilla*].

ESCENA NOVENA.

ANDREA, DIEGO.

DIEGO.—¿Llamó vd?

ANDREA.—Entrega esta carta á D. Cárlos Fernandez de parte de mi marido. [*Aparte*]. Cuando él me mandó la suya de parte de su mujer, es preciso corresponderle.

DIEGO.—Voy solo antes al correo á donde me acaba de mandar el señor por su correspondencia.

ANDREA.—Bien; entrégala en mano propia.

ESCENA DECIMA.

ANDREA.

Ahora vamos á prepararnos para el baile que me ha de proporcionar un buen rato de placer. [*Se vá por el costado*].

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Carlos. Una puerta en el fondo
y otra en el costado.

ESCENA PRIMERA.

D. CARLOS, AMBROSIO.

(Al levantarse el telon aparecen ambos entrando por el foro. Se adelanta Carlos, Ambrosio le sigue y el primero disimulando el misterio con que trata de hablar dice al segundo.)

CARLOS.—¿Estaba la señora en casa?

AMBROSIO.—Sí, señor.

CARLOS.—¿Le entregaron el ramillete?

AMBROSIO.—En el acto.

CARLOS.—¿Nada contestó?

AMBROSIO.—Que se daban las gracias á la señora.

CARLOS.—¡Bien!

ESCENA SEGUNDA.

CARLOS.

¡Que se daban las gracias!... ¿Qué significa esto? ¿Sería capaz Andrea de burlarse de mí?..... Ella debió comprender luego que mi mujer, á quien apenas conoce, no podia mandarle aquel obsequio, que algun misterio encerraba, y descubrir al momento el billete que tenia oculto. ¿Por qué, pues, contestar solo dando las gracias, en vez de concederme ó negarme lo que le pido, y mas, cuando para dar una respuesta á la que se supone una amiga y deslizar una idea, una palabra que yo pudiera comprender, ni la presencia de su marido podia ser un obstáculo? ¿Qué es entonces lo que sucede? ¡Y tener que esperar yo no sé hasta cuando para salir de esta incertidumbre que me impacienta! Me hiere la sangre de contrariedad y de despecho! *(Toma el sombrero para salir y entra María en traje de calle).*

ESCENA TERCERA.

CARLOS, MARIA.

MARIA.—¿Cómo, Carlos, te vas?

CARLOS.—Ya lo estás viendo; me voy.

MARIA.—¿Pues no debiamos ir á la casa de Virginia? Como dijiste que pasaríamos con ella el dia, mandé á decírselo así y seguramente nos aguarda.

CARLOS.—Pues has hecho muy mal en mandarle avisar tal cosa: debias suponer que yo tendria tal vez alguna ocupacion, y que entonces el aviso solo serviria para privarla de ir á la casa de su hermana, en donde sabes que diariamente come desde que está su esposo ausente.

MARIA.—Pero como tú me habias dicho.....

CARLOS.—¡Oh! sí, yo tengo siempre la culpa de todo lo que haces malo. ¡Siempre yo!

MARIA.—No te incomodes, Cárlos; nada hay de malo en todo esto, ni debes mortificarte por una cosa tan sencilla. Nos disculparemos con Virginia y queda todo arreglado. Vé, vé á tu negocio y vuelve pronto para que comamos reunidos.

CARLOS.—[*Con enojosa ironía*]. ¡Vé á tu negocio! ¡Y esto me lo vienes á decir con la mantilla puesta y recordándome antes que debemos salir! ¡Cuánto mas valiera que en vez de esa hipocresia que me irrita, usaras conmigo de un lenguaje franco, manifestándome terminantemente tus caprichos y exigiéndome que los cumpliera!..... Seria mucho mejor.

MARIA.—[*Amable y disimulando su sentimiento*]. Pero si yo no tengo mas gusto que el tuyo ni mas caprichos que tu voluntad.—Mira, ya me quito la mantilla, y voy ahora á ocuparme de concluir el bordado que estoy haciendo, lo que me divertirá mucho mas que si saliera; creemelo, porque en verdad, absolutamente no tenia deseo de ir á la casa de Virginia.

CARLOS.—¡Dios mio! ¡Qué desgracia! ¡Estar uno condenado á no tener tranquilidad jamas, á carecer de libertad hasta para cumplir con los deberes mas sagrados [é imprescindibles]!..... Esto es atroz!

MARIA.—[*En tono de tierna reconvencion.*]—¡Cárlos!... ..

CARLOS.—Sí; tengo un compromiso que me obliga á salir: lo sabes porque me ves que voy á hacerlo, y sin embargo, me preguntas si te acompaño, solo para mortificarme, para decirme con el mas refinado disimulo que soy un tirano, un hombre inconsecuente y egoísta, para insultarme, en fin, porque no es otra cosa lo que intentas con esa conducta que no puede tener sino ese objeto.

MARIA.—¡Insultarte, amigo mio!... ..

CARLOS.—[*Con ironía.*]—Nó, nó, para darme gusto, bien lo veo.

MARIA.—Convengo en que fué una imprudencia preguntarte si salias, cuando ví que ibas á hacerlo; pero sin reflexionar en que podias tener alguna ocupacion, creí que habias olvidado el compromiso con Virginia y por eso lo hice. ¿Por qué habia de pensar en mortificarte y ofenderte?

CARLOS.—¡Ah! ¿es decir que tú juzgas que cuando yo salgo, no es porque algun negocio me lo exige, sino porque voy á divertirme, á pasearme?

MARIA.—Y cuando así fuera ¿no eres libre para hacerlo? ¿He tratado de impedirtelo alguna vez? Al contrario, yo estoy contenta con que goces de alguna manera, distrayéndote así de los disgustos y mal humor que tu profesion te ocasiona, ya que no me es dado alegrarte ni hacer olvidar tus penas.

CARLOS.—Pero sí te es dado aumentarlas cuanto puedes ¿no es así? ¡Divertirme! ¿no es mala la diversion! Pues, señor, está dicho: el infierno es preferible á esta vida maldita que yo llevo. (*Se sienta con despecho. Pausa.*)

MARIA.—[*Sin poder contener las lágrimas.*] Es

tarde ya y tal vez se pasa la hora en que debes estar en la parte que te esperan: ¿por qué no vas?

CARLOS.—¡Hola! ¿Lágrimas tenemos? ¡Eso nada mas me faltaba! Me voy... me voy, porque... no puedo soportar nunca escenas tan ridículas.

ESOENA CUARTA.

MARIA.

[*Desolada*]. ¡Ridículas! ¡Encuentra ridículas mis lágrimas, sin mirar que són la sangre que gotea mi corazón!..... [*Pausa.*] Pero ¿qué he hecho yo, Dios mio, para perder así, tan de repente, el amor que aun hace poco tiempo me juraba; aquel amor tan sincero de que yo me enyanecia y que en mis dulces ilusiones consideraba seria eterno? ¡Oh! ¡esto es horrible! ¡No me ama ya? Soy para él una carga molesta é insoportable de que con placer se desprenderia; soy un demonio que sin cesar le persigue y le martiriza, por mas que el infeliz trate de ocultar, como casi siempre lo hace, la aversion que yo le inspiro. Y ¿qué remedio cuando no encuentro en mí la culpa de tamaña desgracia y solo soy la víctima inocente de ella? ¡Ay! y víctima tanto mas atormentada cuanto que tambien soy testigo de las continuas luchas entre su corazón, que me rechaza, y sus deberes que le dicen que soy su esposa, cuanto que le amo todavia; y este amor me da la abnegacion suficiente para compadecerle y maldecirme, por ser la causa inevitable de los sufrimientos que sin mí no experimentaria, pero que hoy no acabarán sino es con mi existencia que se halla unida á la suya! ¡Morir! Pero yo

no quiero morir, si no es teniendo su amor y su estimacion, aunque para reconquistarla me sea preciso tener una vida como esta, que es peor que la muerte misma! El, tal vez creyó encontrar en mí una mujer distinta de lo que soy, adornada de cualidades que no poseo, y por eso quiso unir nuestros destinos, creyendo alcanzar así la felicidad. Vino el desengaño y acabó la estimacion; y aunque el cielo me es testigo de que él solo se engañó y de que no pensé jamás en hacerle ver en mí lo que no existe, él, sin embargo, no puede con justicia conformarse, y á mí es á quien ahora toca estudiar sus inclinaciones, penetrar en sus deseos, comprender lo que anhelaba, para cambiar, si es posible, mi naturaleza, transformarme en el objeto de sus ensueños, realizar sus ilusiones y esperanzas, y ser dueña otra vez de su amor para mí tan caro. Entonces, sí, venga la muerte porque entonces moriré en sus brazos, colmada de sus caricias, bañada con sus lágrimas y consolada con su dolor. Así la muerte me será dulce, porque su llanto y su afliccion, mas que sus halagos, serán la prueba irrecusable de su afecto. Consígalo yo un instante y muera despues. [*Pausa*].

ESCENA QUINTA.

MARIA y CARLOS.

MARIA.—[*Al verle entrar*]. ¡Oh! ¡aquí! Que no comprenda la emocion que me agita. [*Se dirige á una mesa, como para arreglar algo.*]

CARLOS.—(*Sentándose y permanece unos momentos*

en silencio). ¿Tienes la bondad de sacarme un pañuelo?

MARIA.—Sí; voy á traerle.

ESCENA SESTA.

CARLOS.

¡Es imposible!.... Yo no puedo sufrir mas tiempo en esta situacion... me condeno.... me desespero, siento el infierno dentro de mí, y no me encuentro, sin embargo, con fuerzas suficientes para acabar de una vez con un estado insupportable!

ESCENA SETIMA.

CARLOS, MARIA.

MARIA.—[*Dándole el pañuelo.*] Toma.—[*Pausa.*—*Luego, enseñándole una flor que habia sacado al traer el pañuelo dice:*] ¿Te gusta esta flor, Cárlos?

CARLOS.—Y porque tú te diviertes con tus flores, ¿he de perder dos horas esperándote, para que vayamos á la casa de Virginia?

MARIA.—Creía que no iríamos... Después de lo que me dijiste hace poco..

CARLOS.—Mira; no me hagas perder la paciencia: vé y arreglate y vamos que es tarde ya.

MARIA.—Pero si no tengo ganas de ir....

CARLOS.—[*Levantándose y con rabia concentrada.*] ¡Demonio!—Cuando hace un momento iba á salir porque tenia un negocio que me importaba,

entonces tú viniste á recordarme lo de Virginia, para contrariarme y obligarme á decirte que no podia acceder á tus deseos. Prescindo de mis ocupaciones, por evitar que tú interpretes mi conducta malignamente, me vuelvo solo por darte gusto, te ruego que hagamos tu voluntad, y entonces tu voluntad ya es otra, y me haces dar á los diablos con tanto capricho y tanta impertinencia!.. ¡Vamos!

MARIA.—[*Llorando y con dolor.*] ¡Oh! ¡esto ya es mucho!—[*Con violencia.*]—¡No voy!

CARLOS.—[*Con energía.*] Señora, le digo á V. que vayamos.

MARIA.—[*Dirijiéndose al interior.*] Bien; irémos pues.

ESCENA OCTAVA.

CARLOS.

[*Se sienta, permanece así luego se pasea.*] ¡Hé aquí lo de siempre! Trato de enmendar una falta, que apenas cometida pesa ya sobre mí como el remordimiento de un crimen de que debo purificarme, y no sé qué maldita fatalidad me arrastra, y sin quererlo, cometo entonces otra mayor! ¿Qué se hizo aquel amor tan sincero y lleno de ternura que yo profesaba á esta mujer, y que me auguraba una vida tan tranquila y llena de felicidad? ¿Por qué su belleza que antes me sedujo, desaparece á mis ojos, y su bondad y dulzura que me hacian la adorara, ahora me contrarian y vienen á convertirse en mi verdugo mas cruel?..... ¡Por qué! Mis sentidos se han rebelado á la sola vista de

Andrea, como si nunca hubiera conocido los placeres que creí haber apurado hasta el fastidio; y esta sed de goces, que ella con sus seducciones infinitas, con aquel arte infernal y encantador sabe proporcionarme siempre nuevos, me hace despreciar los mas sacrosantos deberes, convirtiéndome en un infame, cuando vilmente ultrajo la honra de un pobre viejo, y en un cobarde tirano cuando engaño á la que es mi esposa, y á mi pesar la trato muchas veces como ella no merece. En vano mi conciencia de hombre, hasta ahora honrado, con aterrador aspecto y voz de trueno me atormenta y me humilla sin cesar, dándome á conocer mis yerros, y amenazándome con no sé qué que me espanta; en vano, siguiendo la voz de mi deber, quiero cumplir con él, guiado solo por mi razon, que no es secundada por mi sensibilidad; la lucha se entabla, y sin que venzan la razon ni la sensibilidad que siguen distintos caminos, sufro, sufro y hago sufrir á esa mujer á quien he jurado amor eterno, para dejarme al fin dominar, cuando me separo de ella, por la seduccion de Andrea que me fascina. ¡Andrea, Andrea! demonio encarnado en tan divinas formas, tu has creído, sin duda, que yo como tú, no tengo que pasar mas que por la impaciencia y el fatigoso anhelo de que llegue el momento de nuestros goces, y no sabes que á este tormento, para mí bien grande, se añaden otros infinitos que tú no podrias comprender y que te causarian risa si los supieras! Risa, sí; porque tú no tienes alma mas que para el mal. Eres un génio en la corrupcion, pero no comprendes que pueda haber en nosotros, un sentimiento, un instinto siquiera que tenga otro objeto. Y tú, pobre mujer, ¡pa-

ra qué me amaste? ¿No te dijo tu corazón que yo había de ser un traidor, y que uniéndonos no haríamos otra cosa mas que labrar nuestra desgracia? Siquiera tuvieras un mal carácter; siquiera en vez de sufrir con esa resignacion que me asesina, lós ultrajes que yo te hago, te levantarás altanera, y con todo el orgullo de tu sexo, me echaras en cara mis acciones y respondieras mis insultos con los tuyos, justificarias en parte mi conducta, ó á lo menos, me quitarias ese enorme peso que me agobia, cuando veo que en vez de tener en tí un enemigo á quien combatir, no hallo sino á la víctima que, bajo la exagerada idea de sus deberes, y la influencia de un amor que no merezco, sufre, sin advertir que como los rayos de luz que caen sobre un espejo son luego reflejados, así esos sufrimientos vuelven sobre mí, para aumentar los muchos que ya tengo. [*Queda pensativo*].

ESCENA NOVENA.

CARLOS, MARIA y AMBROSIO, (DESPUES).

MARIA.—¿Vamos?

CARLOS.—¡Vamos!

AMBROSIO.—(*Dando á María una carta*). De la señorita Virginia.

MARIA.—(*Dando á Carlos la carta sin abrirla*). ¿Esperan la respuesta?

AMBROSIO.—Ha dicho el criado que no.

MARIA.—Bien.

ESCOENA DECIMA.

DICHOS MENOS AMBROSIO.

CARLOS.—[*Despues de leer lá carta*].—Virginia te avisa que en vez de esperarnos, ella vendrá á pasar el dia con nosotros.

MARIA.—[¿Por qué no lo avisó media hora antes?]

CARLOS.—En consecuencia, parece que ya no tiene objeto nuestra salida... .. á no ser que desees que vayamos á otra parte....

MARIA.—Nó; ya ves que debo esperar á Virginia.

CARLOS.—[*Despues de una pausa*].—[He sido en verdad muy cruel]. Oyeme, María; tal vez te he ofendido ahora mas que nunca, con las bruscas palabras que en un momento de extravío te he dicho, y la manera con que te he tratado. He hecho mal, muy mal; pero me perdonas, ¿no es verdad? [*María, al oír esta satisfaccion, se echa sollozando en brazos de Carlos, y permanece un momento así, mientras Cárlos con enfado que trata de disimular, añade:*] Mas no llores, criatura; ¿quieres mortificarme con esas lágrimas que son para mí un verdadero reproche?

MARIA.—[*Sin desprenderse de los brazos de Cárlos y con la expresion del amor mas grande*]. Nó, nó, no quiero mortificarte.

CARLOS.—[*Manifestando el disgusto que ésta escena le produce*]. Pues entonces tranquilízate. Ya ves, yo mismo confieso que he hecho mal, muy mal,

hace poco; y sí tu me quieres, debes olvidar todo lo que ha pasado, y no recordarme lo que tanto me avergüenza.

MARIA.—(*Con amor.*) ¿Me amas, Cárlos?

CARLOS.—Sí, vida mia; pero reponte, vuelve á tu estado natural.

MARIA.—[*Desprendiéndose de Cárlos y secando las lágrimas.*] Ya, ya me voy á tranquilizar. Mira, ¿por qué no vas á tus negocios? Cuando vuelvas ya me encontrarás como deseas. Yo quisiera del momento estar alegre, pero, no te ofendas, no lo digo por lastimarte; he sufrido mucho, mucho, y no puedo reirme todavía. [*Solloza á su pesar.*] Anda, anda y vuelve pronto, para que estemos con Virginiá. [*Le dá el sombrero*]. ¿Te espero á comer?

CARLOS.—Me voy, pues, para volver dentro de una hora; y si salgo, créemelo, es solo porque de veras tengo una ocupacion. . . . Adios. [*Le toma la mano y se la besa.*]

MARIA.—No tardes mucho. [*Váse Cárlos*]. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡vuélveme su corazon!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN Y D. AMADEO (ENTRANDO POR EL FONDO).

AMADEO.—Pues yo digo que solo para probarnos, ó castigarnos, podria el cielo permitir que siguiera dominando la república ese partido funesto de la impiedad y del desórden, que atacà todas las creencias, que es enemigo por sistema de la iglesia, perseguidor de sus ministros, & quienes —solo por serlo—ha convertido en víctimas de sus desenfrenadas pasiones que.....

JUAN.—Pero tú calumnias á los liberales, Amadeo; ellos lejos de atacar todas las creencias, las respetan todas, y uno de sus principios fundamentales, consiste en garantizar la libertad del individuo, para que en sus relaciones con el Sér Supremo, obre como se lo dicte su conciencia, y no como se lo mande una ley que nadie tendrá el derecho de darle....

AMADEO.—¿Eh?

JUAN.—Los liberales, como políticos, no se ocupan de la iglesia católica ni de ninguna otra, sino es para protegerlas á todas, y si alguna vez son severos con los que se llaman ministros del altar, esto no es porque tienen tal carácter, sino porque abusando de él y de la influencia que por él han conquistado sobre las conciencias, se han convertido en los conspiradores por excelencia, y esto, no en favor de tales ó cuales principios políticos, sino de sus intereses personales y egoistas, que quieren hacer pasar como la causa de un Dios de quien blasfeman y á quien insultan.

AMADEO.—No prosigas..... No continuemos una discusion que tal vez pararia en perjuicio de nuestra amistad. Soy católico, respeto las creencias en que he nacido, venero á la iglesia, cuyas decisiones son mi única regla de conducta.....

JUAN.—¿Pero quién te dice que no creas lo que quieras?

AMADEO.—Aborrezco á los impíos y corrompidos liberales, á quienes para cumplir con un deber de conciencia desearia poder hacer todo el mal posible, porque no es hombre de bien, no ama la moral, y sobre todo no es cristiano, el que no quiera, horrorizado por los desórdenes de esos malditos, ver rodar sus cabezas en las plazas públicas en justo castigo de sus crímenes. Me olvido de lo que me has dicho y..... te ruego que hablemos de otra cosa.

JUAN.—Respeto tus opiniones; te deseo que no hagas nunca mal á nadie, por ningun motivo, sea cual fuere; te estimo como siempre, porque te juzgo sincero, aunque engañado, y te pregunto: ¿eres mi amigo? Soy liberal.

AMADEO.—Lo sé; que el cielo te ilumine y te salve.

ESCENA SEGUNDA.

DICHOS Y ANDREA.

ANDREA.—Caballero.... [*A D. Juan*]..... Ya están hechas todas las invitaciones: doce ó trece familias nada mas, porque esto es bastante para que estemos divertidos ¿no te parece bien? Aquí tienes las esquelas para mandarlas luego, si tú quieres convidar á algunos de tus amigos....

JUAN.—Convidaremos á Amadeo, rogándole que no nos desaire.

ANDREA.—[¡Puf! á este beato].

AMADEO.—¿De qué se trata?

JUAN.—Andrea dá esta noche un baile de máscaras y te ruega, lo mismo que yo, que asistas aunque sea un momento.

AMADEO.—Las máscaras están prohibidas por diversas censuras canónicas, y siento que vdes. quieran, por tener un rato de distraccion, incurrir en las penas que solo pueden arrostrar con cinismo los revolucionarios de estos tiempos, que hacen alarde de despreocupados y que eligen para sus disipaciones, precisamente los dias que, como éste, debian consagrarse á contemplaciones de otra especie.

JUAN.—Yo juzgo que cuando una diversion es inocente, todos los dias son buenos para ella.

ANDREA.—Y además, Sr. D. Amadeo, ¿no cree vd. que sea un acto meritorio separar de las fiestas que hay en ostos dias—en donde solo reina la

corrupcion—á algunos de los infelices que irian á ellas en tropel, atrayéndolos con el iman del placer, á una distraccion presidida por la virtud? Esto seria cogerles en sus mismas redes, ¿no le parece á vd?

AMADEO.—¡Oh! si hay ese loable objeto....

ANDREA.—La cosa varia ciertamente, y espero que ni vd. mismo tendrá obstáculo para asistir á nuestro baile. Vamos, ¿vendrá vd?

AMADEO.—Tal vez, en gracia de la intencion.

ANDREA.—Sí, venga vd., que yo prometo vestirtle, para que nadie le conozca, de.... San Ignacio de Loyola.

AMADEO.—(¡Pícara, comprendo la pulla!)

JUAN.—Andrea ¿te estás burlando? [*A ella sola*].

ANDREA.—Quiero, además; pedirle un favor; deseo leer el periódico "La Religion" que vd. redacta, y le pido una suscripcion.

AMADEO.—¡Oh! ¡señora, con el mayor placer! (Buena alhaja es la niña).

ANDREA.—Estamos, pues, convenidos en el baile y en el periódico. [*Saluda y se vá*].

ESCENA TERCERA.

D. JUAN, D. AMADEO.

AMADEO.—¿Quieres creerme, Juan? Tienes una mujer.... inmejorable.

JUAN.—¿Lo dices deveras, Amadeo? Somos amigos hace muchos años; el mas sincero cariño nos ha unido desde entonces, y sentiria como no puedes pensarlo, que las palabras de Andrea te hubieran ofendido de algun modo.

AMADEO.—¡Ofenderme! ¡Y por qué? Al contrario; me agrada y me complace ver cómo en medio de su travesura pueril, dominan pensamientos tan rectos y dignos del mayor elogio. Andrea es una criatura á quien debes querer como merece.

JUAN.—Como la quiero, sí.

AMADEO.—Aunque por otra parte es necesario vigilarla mucho.

JUAN.—[*Sobresaltado*]. ¡Por qué? ¿sabes algo?

AMADEO.—Los hombres son muy perversos y tu mujer es muy hermosa. Además, tiene unos ojos que hablan muy poco en su favor y.... cierto airillo picarezco que debe darte algun cuidado.

JUAN.—Pero bien; ¿crees tú que me esté engañando? ¡Dímelo!

AMADEO.—Líbreme el cielo de decir tal cosa; yo no he hecho mas que darte un consejo dictado por la prudencia y por la amistad.....(y que es como una recompensa á lo de San Ignacio de Loyola).

JUAN.—Oh! no tengas ningun temor; Andrea es una buena muchacha y yo estoy.....sí, estoy muy seguro de ella.

ESCENA CUARTA.

DICHOS DIEGO, CON CARTAS.

DIEGO.—Aquí tiene V. el correo.—[*Dándoselas*].

JUAN.—Véamos que nos dicen ahora de novedades.—[*Se sienta á la mesa y comienza á leerlas*].

ESCENA QUINTA.

DICHOS MENOS DIEGO.

AMADEO.—Lo de todo los dias: que los impios siguen con sus absurdas y heréticas leyes, y lo que es mas triste aun, que eso no basta para sacar de la tibieza y frialdad á los verdaderos católicos.

JUAN.—[*Viendo las cartas*].—Nada, ni una palabra de política. . . .negocios. . . .mas negocios. . . . Esto lo dejaremos para despues. [*Leyendo con extrañeza un sobre*]. ‘A Don Cárlos Fernandez.’

AMADEO.—[*Con interés*]. ¡Don Cárlos!

JUAN.—[*Sobresaltado*]. Pero esta es letra de mi muger

AMADEO.—¡Cómo!

JUAN.—[*Tratando de tranquilizarse*]. ¡Alguna invitacion para el baile que Diego ha olvidado llevar. [*Abre la carta y lee*]. ¡¡Ah!!! [*Se queda anonadado*].

AMADEO.—¿Qué es eso, Juan? ¡Dios mio! ¿qué te sucede?

JUAN.—[*Volviendo en sí trata de disimular pero se nota su emocion*]. ¿A mi? nada, absolutamente nada. . . .No sé porqué me sorprendió ver esta invitacion, cuando desde antes me habia hablado Andrea de que iba á hacerla; pero ahora lo recuerdo, sí; y estoy tranquilo, demasiado tranquilo.

AMADEO.—¡Mentiral tu muger te engaña; quieres ocultármelo y haces mal, porque soy tu amigo.

JUAN.—[*Con enojo*]. ¿Y con qué derecho te atreves tú á ultrajarme como lo haces? ¿Qué fundamento tienes tú para proferir especie semejante?

AMADEO.—No te ultrajo, Juan, leo en tu sem-

blante lo que pasa, y si no te miento haciéndote creer que no lo he comprendido, es porque te estimo, porque tu secreto lo será mio, y porque sabiéndolo yo podias recibir mis consuelos y mis consejos.

JUAN.—[*Con despecho*]. ¿Pero no comprendes que esto nadie mas que yo debe saberlo? ¿No comprendes el ódio que me inspiras solo porque sé que tambien lo sabes tú?

AMADEO.—[*¡Conque es cierto! ¡Soy dichoso!*] Lo he olvidado todo: creí que la amistad valia algo para tí, creí que un corazon que participara de tus sufrimientos te seria grato; me engañé y te perdono. Nada sé.

JUAN.—[*Como hablando consigo mismo*]. ¡Pero esto es horrible! Esto no puede ser cierto ni su corazon es tan malvado para asesinarme de este modo.....[*Arroja la carta en la mesa: Don Amadeo la toma y la lee*]. ¿Qué le he hecho yo para que así me ultraje y me escarnezca? Amarla... amarla hasta la adoracion; olvidarme hasta de mis años para no pensar sino en agradarla y tenerla complacida. ¿Has visto, Amadeo? ¿Y este es el pago que reciben tantos sacrificios como yo tenia que hacer para conservar su cariño? ¡Ingrata! ¿Cómo habia de haber supuesto nunca que todos tus halagos que me volvian loco, que todas tus coqueterias que me encantaban, no eran sino la hipócrita máscara que ocultaba á tu pérfido corazon? ¡Dios mio! y no es tanto el dolor de la herida; como el de ver la mano que me la dá!

AMADEO.—[Lo que importa ahora es, quedarme con esta carta para enseñarla á María; verémos si despues de esto resiste todavía].

JUAN.—[*Con abatimiento*]. Ayer, hace un rato, yo

era feliz; y ahora, tan pronto, héme aquí solo en el mundo, que recobrando lo que es suyo, me quita bruscamente lo que yo habia tenido el candor de creer que era ya mio.

AMADEO.—JUAN.....

JUAN.—[*Recobrandose y con exaltacion y amargura*]. ¡El mundo! Pero el mundo no se conformará con triunfar de eso que se llama virtud y que no es mas que una quimera forjada por la impotencia, y ese triunfo necesita celebrarse con los aplausos y carcajadas que producirá la vista del imbécil que creyó en lo que no existe; que adoró á un dios de cieno, esperandolo todo de él, cuando los demas lo escupian y lo despreciaban; que confiado y ciego se puso bajo la salvaguardia de una palabra vacia de sentido, que él solo creyó de algun significado, mientras los demas solo se servian de ella, para engañar mejor á los incautos!..... El mundo en coro festejará mi deshonra; todos me señalarán con el dedo como á un personaje ridículo, y yo no excitaré por todas partes mas que la risa ó la compasion! [*Con ironía*]. ¡Bien! admito la guerra! Si mi desgracia solo causa la risa, verémos si mi venganza no causa mejor el espanto que no deje lugar á reír.

AMAD.—Pero ¿qué es lo que intentas? ¿Querías acaso manchar tu conciencia, hasta ahora pura, con el peso de algun crimen que tendria por víctima á una impotente y debil mujer?

JUAN.—Y ¿qué me importan á mí el crimen ni la conciencia, cuando siento desgarrado el corazon, que nadando en su propia sangre, solo palpita para pedir venganza, no por la herida que se le ha hecho sino por las que presente se le harán despues? ¡La mujer! A la mujer la desprecio; me

avergonzaria de mí mismo si yo siquiera me ocupase de esa miserable prostituta, que rompiendo los lazos mas sagrados, burlándose del honor del hombre que como á Dios debiera respetar, abandona el trono de la honradez en donde solo recibiera adoracion, para revolcarse en el cieno de las meretrices, y ser pisoteada por la impura y frenética turba con quien en pos de los placeres se lanzal ¡Qué! ¡Oreerás acaso que yo iba á tomar una de esas venganzas que me pintaran como un monstruo de crueldad, emporcando mis manos con la súa sangre de la adúltera? N6, n6; eso es de muy mal gusto; no es ya de estos tiempos y no seria bastante para satisfacerme.....

AMADEO.—Vamos, reflexiona....

JUAN.—Sí, sí, estoy reflexionando. Dame esa carta...

AMADEO.—¿Qué es, pues, lo que intentas? Esta carta

JUAN.—[Tomando la carta y con sequedad]. Esta carta me pertenece. [Toma el sobre de la carta y dice] Aun su mismo sobre puede servir. [Mete la carta en el sobre y lo pega]. Fresca está todavía la oblea.:

AMADEO.—[Qué vá á hacer?].

JUAN.—¡Diego!... ¡Diego!

AMADEO.—[Por Dios que no comprendo].

ESCOENA SESTA.

DICHOS y DIEGO.

DIEGO.—Señor.

JUAN.—[Con indiferencia]. ¿Qué significa esta

carta que has traído, dirigida á D. Carlos Fernandez?

DIEGO.—¡Ah! es la que la señora me dió hace poco para que de parte de vd. la llevara al Sr. D. Carlos.

JUAN.—[De parte mia].

DIEGO.—Me la puse en el bolsillo mientras iba al correo, y se mezcló con las de vd. que traje en el mismo bolsillo.

JUAN.—[Dándole la carta]. Pues á su destino.

DIEGO.—En el acto.

ESCENA SETIMA.

DICHOS MENOS DIEGO.

AMADEO.—Apenas comprendo lo que has hecho.

JUAN.—[Con enfado]. A la noche.... á la noche lo comprenderás. No dejes de venir al baile.

AMADEO.—Pues, qué ¿permitirias que esa cita se realizara?

JUAN.—Sí, pero..... Perdóname, Amadeo; estoy yo no sé cómo, y necesito unos momentos de reposo.

AMADEO.—Te dejo, pues: piensa solo en que la mujer es débil y necesita de indulgencia.

JUAN.—¡Sí, sí; adios!

AMADEO.—[Al irse]. [Todo me favorece. ¡Vamos allá!]

ESCENA OCTAVA.

JUAN [SOLO].

¡Oh! ¡es necesario probar que no se me ofende impunemente! Y lo probaré, sí; lo probaré de manera que nadie dude de ello. Mi situación no arrancará una sola sonrisa de desprecio ni de burla de esa maldecida sociedad que venga en el esposo los crímenes de la esposa, y no se hablará sino con respeto del hombre que supo arrojar sobre sus autores la afrenta que se le iba á echar encima. Esta noche se reunirán los criminales; mi casa estará llena de gente, porque yo invitaré á todo el mundo, como si se tratara de un gran espectáculo, y á la hora convenida, cuando la una descansen voluptuosamente en los brazos del otro, cuando embriagados ambos del placer y con la languidez del deleite, se repitan á media voz los juramentos de su adoracion, sus palabras serán sofocadas por el grito unánime que la sorpresa arrancará á la turba que, conducida por mí, irá á presenciar aquella escena de corrupcion y de infamia. Y luego, cuando abrumados con el peso de su vergüenza, temblando cobardes al ver descubierto su delito, no se atrevan siquiera á levantar los ojos ante el más miserable de los que los contemplen, la obra se terminará, y adelantándome con dignidad á la multitud silenciosa, de los cabellos levantaré la humillada cara del seductor que quisiera ser tragado por la tierra, la pondré á la espectacion de todos, y la escupiré despues! Con esto quedo satisfecho. Y á ella..... á ella la to-

maré de la mano, y llevándola hasta la puerta de la casa, “muger—la diré—véte de aquí; esta es la mansion de la honra, no de las prostitutas.” La multitud quedará anonadada bajo el peso de una accion que estaba muy léjos de esperar: todos se verán con ojos espantados; el miedo estará pintado en los semblantes, y mas de un corazon se azotará con violencia contra el pecho, al considerarse reo del mismo crimen que se acaba de castigar. Yo entonces sereno, tranquilo, risueño, con la divina sonrisa del orgullo satisfecho, “señores, añadiré, que nuestra alegría no se interrumpa por un hecho tan insignificante; vamos, vamos al baile; divirtámonos hasta el fastidio y bebamos hasta la saciedad, brindando todos. . . . ¡jál! jál! jál! por la felicidad de mi esposa.” [*Se oye por dentro á Andrea que canta*]. ¡Oh! esa voz. . . . esa voz pura y melodiosa es la de ella; ese canto alegre y que respira tanta inocencia, sale de su pecho fementido! Pero ¿por qué esos sonidos me enternecen? ¿Por qué al escucharlos viene á mi mente con tan seducto aspecto, el recuerdo de tantas gracias para mí perdidas, de tantos placeres que no fueron mas que un engaño y que hoy no son mas que un sarcasmo? Corazon miserable y bajo ¿es que amas todavía á la víbora que te fascinó para despedazarte? Mereces tu suerte, viejo imbécil, que lloras á la sola idea de perder al demonio que te deshonra. Pero nó, supuesto que el corazon se pone de parte de la infame, dominemos al corazon; apelemos al racionio para obrar, aunque despues venza el corazon á su vez, matando á pausas al hombre. ¿Mas acaso la razon puede aconsejarme que obre como quiero obrar? ¿No me dice, al contrario, que el corazon es voluble, que lo

que hoy amamos mañana lo aborrecemos sin tener en ello culpa; que ella tal vez no me ha amado nunca, y que su corazón que necesita amar, ha cumplido su destino, entregándose á la adoración del ser que el hado le deparó? ¿Podía yo nunca exigir que no fuera lo que debe ser, que el sol diese tinieblas, que las tinieblas dieran luz y que la naturaleza fuera otra de la que es?..... Pero yo desvarío; si ella no me amaba, entonces ¿para qué mintió? Cuando yo, temblando como un chiquillo, lleno de ternura, víctima de la lucha entre mis temores y mis deseos, solicitaba humillado una palabra de consuelo de sus embusteros labios, ¿por qué no me habló con la voz de la verdad, haciéndome comprender que yo nada podía esperar y que mis sentimientos no eran mas que un ridículo anacronismo que solo excitaba á reír? Esto á lo menos hubiera sido leal. Pero ella vió en mí un medio de conquistar su libertad, un parapeto que le serviría á su antojo para satisfacer escudada con él todas las exigencias de sus pasiones corrompidas, y entonces sin vacilar mintió un amor que no sentía, y pronunció un solemne juramento que estaba muy lejos de cumplir, para burlarse despues, ¡malvada! del hombre que tenía fé en ella y del Dios á quien tomaba por testigo de su sinceridad. Mi venganza, es pues, justicia, y no tendré que echarme en cara los resultados de ella. ¡Adelante! ¡Adelante!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma decoración del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, D. AMADEO.

[*Al levantarse el telon aparece María sentada en un sofá y pensativa: á poco entra D. Amadeo*].

AMADEO.—Señora.....

MARIA.—(*Al verle manifiesta repugnancia*). (¡Oh! ¡este hombre aquí!)

AMADEO.—Conozco muy bien que importuna mi venida.

MARIA.—Pues si vd. cree conocerlo.....

AMADEO.—¿Para qué vine, no es esto? Para prestarle á vd. un servicio interesante en pago de los desdenes con que ha pagado vd. mi afecto.

MARIA.—Caballero, le he dicho á vd ya que en ausencia de mi marido no puedo recibir las visitas de vd.

AMADEO.—Esta no es una visita como quiera, señora; mi objeto es más importante que el de

disfrutar del inmenso placer de ver á vd., y por esto me tomo la libertad de sentarme y de rogar á vd. me conceda unos momentos de conversacion; entendido que no saldré de aquí entre tanto no lo logre.

MARIA.—Sea vd., pues, breve, ya que me impone vd. la molestia de escucharle.

AMADEO.—Gracias por la lisonja. Suplico á vd. tambien se digne responderme con sinceridad y franqueza á las preguntas que me verá precisado á hacer para poder entrar de lleno á mi negocio. ¿He tenido la dicha de que vd. haya pensado en mí, desde que puse en conocimiento de vd. el grande amor que me ha inspirado?

MARIA.—Nó, señor; ni un momento.

AMADEO.—Es una fatalidad que deploro, tanto mas, cuanto que nunca esperé que una adoracion tan sin límites, como la que profeso á vd., fuera correspondida con una indiferencia tan completa.

MARIA.—Mentia, caballero; he pensado no una, sino muchas veces, en que apenas se concibe cómo un hombre, cuya reputacion de virtuoso y severo en sus costumbres, es en el mundo proverbial, puede abrigar tanta hipocresía para engañar al mundo y faltar á los deberes mas sacrosantos, atreviéndose á intentar la seduccion de la esposa de aquel á quien con la mayor infamia llama vd. amigo suyo. He pensado en que esto es muy vil, y tan ruin y bajo, que puede vd. estar seguro de haber conquistado con su mentido amor mi repugnancia y mi desprecio eternos.

AMADEO.—¡Oh señora! al escuchar palabras tan duras, bien veo que debo perder toda esperanza de alcanzar la recompensa de mi amor; porque si vd. encuentra ruin y bajo que yo rinda un culto

merecido á la belleza y atractivos de la esposa de un hombre, con quien solo me ligan esas relaciones superficiales que se adquieren en sociedad, la digna y virtuosa muger no podrá nunca faltar á la fidelidad que juró á su marido, por mas que ese marido olvidando, como es costumbre, sus juramentos, y haciendo á un lado á su esposa, tenga otra belleza á quien amar.

MARIA. — [*Levantándose indignada*]. ¡Mentira!

AMADEO. — [*Id*]. Belleza que á su vez olvida promesas semejantes, en cambio indudablemente de olvido igual de su marido.

MARIA. — ¡Digo que vd. mientel

AMADEO. — Tengo las pruebas señora.

MARIA. — Quiero verlas. (¡Si será esa la causa de su conducta conmigo!)

AMADEO. — Y si vd. se convence de que no miento; ¿qué podré esperar de vd?

MARIA. — [*Viéndolo con desden y dando media vuelta*]. Nada.

AMADEO. — Señora, á los piés de vd.

MARIA. — ¡Cómo! ¿se vá vd? ¿Conque no le era á vd. bastante ultrajarme, suponiéndome capaz de acceder á sus villanas pretensiones, sino tambien cuando vd. ha visto que esto era imposible, trata vd. para colmo de su maldad, de destrozarme mi corazon, introduciendo en mi espíritu la duda sobre el principal objeto de sus creencias? Es vd. un calumniador.

AMADEO. — La exaltacion de vd. disculpa expresiones tan severas. Le he dicho á vd. que tengo las pruebas de lo que aseguro, que basta que vd. pronuncie una palabra para que las tenga tambien, y sin embargo, ¿me llama vd. calumniador? Sea en buena hora; me retiro.

MARIA.—¡Pero esas pruebas! ¡Esas pruebas! ¿no me oye vd. que quiero verlas?

AMADEO.—Y mi amor, señora, ¿no ha oído vd. que también es exigente?

MARIA.—¡Oh! Pero yo no puedo conceder á vd. nada que parezca arrancado por la fuerza; convénzame vd. de la verdad de lo que ha dicho, y despues....

AMADEO.—Despues ¿qué hará vd.?

MARIA.—Eso sería obligarme desde ahora..... convénzame vd. y.....

AMADEO.—Pues bien; hay una jóven muy distinguida y muy hermosa, tanto que mi admiracion por la hermosura de vd. aun me permite comprender la de ella; y aunque es casada, como vd., esto no le impide corresponder dignamente al grande y verdadero amor que D. Carlos le profesa. Con el objeto de satisfacer ambos las mútuas exigencias de su corazon, la jóven ha dispuesto para esta noche un baile de máscaras en su casa, y á la una, en el gabinete de ella, vestidos con un dominó azul y una flor blanca al lado izquierdo, se reunirán los afortunados amantes, para ser, como ella dice, completamente dichosos.

MARIA.—¿Y cómo sé si lo que vd. me dice es un cuento que ha forjado, ó lo que pasa en realidad?

AMADEO.—Hagamos un convenio. Sin hablar vd. una palabra de esto á su marido y aparentando, al contrario, que lo ignora, esta noche llevo á vd. al baile en cuestion..... No se alarme vd., puede vd. ir acompañada de una, de dos amigas, de cuantas personas vd. quiera. ¡Bien! conduzco á vd. al baile, y si allí vé vd. la confirmacion de lo que llevo dicho.....

MARIA.—Admitido. Espero á vd.

AMADEO.—(¡Triunfó!) Que me sea permitido al despedirme estrechar entre las mias esa hermosa mano.

MARIA.—[*Echándose para atrás*]. ¡Oh! ¡señor! aun no he visto nada.

AMADEO.—Es muy justo. Hasta la noche.

ESCENA SEGUNDA.

MARIA.

Anda, malvado, anda á esperar tu recompensa, que ojalá y yo pudiera darte tan dolorosa y tan grande como el mal que tú me has hecho. ¡Con que me engañaba! ¡Con que todos sus desdenes, todos sus ultrajes que resignada sufría, no tenían mas origen que su amor á otra mujer! ¡Oh! mi pecho no es bastante para contener la ira en que rebosa! Y pensar que la lucha de que yo le suponía víctima entre sus deberes y su desencanto, no era mas que una invención mia para ponerme en ridículo; que cuando le juzgaba arrepentido por la fingida ternura con que me trataba, no hacia mas que representar una escena de comedia; que las palabras llenas de amor que entonces me dirigia acababa de decírselas á esa miserable, cuya imagen perseguia tal vez hasta á mi lado mismo; que cuando se estampaban sus labios en mi frente aun venian manchados con el hálito impuro de su querida! . . . ¡Oh! el asco, la cólera se apoderan de mí, y no puedo, en mi indignación, atinar con lo que mi corazon exige.

ESCENA TERCERA.]

MARIA, VIRGINIA.

VIRGINIA.—Héme aquí mas pronto sin duda de lo que me esperabas.

MARIA.—¡Ah! ven, ven; llegas á buen tiempo.

VIRGINIA.—¿Pero qué es lo que te pasa? ¿Te encuentro llorosa, inmutada!.....

MARIA.—Sí; llorosa de rábia, de furor. Si tú supieras.....

VIRGINIA.—Vaya.... algún disgusto con Carlos.

MARIA.—Carlos es un traidor, un desleal, tiene otra mujer á quien ama mientras me engaña á mí..... ¿No te admiras de que haya sido capaz de vileza semejante? ¡Y yo tan nécia, tan sándia que le juzgaba digno, aun en medio de nuestros disgustos, de ocupar mi corazon!

VIRGINIA.—Vamos, María, cálmate y hablemos con mas juicio.

MARIA.—¿Y quieres que tenga calma cuando me sucede lo que á ninguna otra mujer le habrá pasado, cuando se me ultraja tan infame é inicua-mente?

VIRGINIA.—Pues, hija mia, te dejo entregada á tu dolor, porque mientras estés en ese estado, yo no puedo consolarte ni darte tampoco los consejos que, de seguro, tú no recibirías.

MARIA.—Nó, no te vayas, por nuestra amistad; ¿qué haria yo sola con él cuando viniera?

VIRGINIA.—Deja, pues, tus quejas para otra

ocasion, y hablemos como se debe. ¿Estás persuadida de que Cárlos te es infiel?

MARIA.—Sí; mi corazón me lo confirma desde el momento en que lo supe.

VIRGINIA.—¿Pero qué pruebas tienes de ello?

MARIA.—Las tendré ahora mismo, y tan convincentes que ni tú podrás dudar.

VIRGINIA.—Entonces espera tenerlas, y entre tanto no des crédito á lo que tal ves es una calumnia y nada mas.

MARIA.—Nó, no es calumnia. Esta misma noche debe ella dar en su casa un baile de máscaras, y á cierta hora esperar á Cárlos en un gabinete, en donde ambos se reunirán, vestidos con un traje de antemano concertado para reconocerse. Pero yo estaré allí tambien, los veré con mis propios ojos y entonces. . . . ¡oh! no sé lo que haré. . . .

VIRGINIA.—Cada vez entiendo menos. ¿Qué mujer es esa, pues, que dá en su casa bailes á que tú puedes concurrir?

MARIA.—¡Oh! es una persona distinguida, jóven, hermosa, casada tambien como su cómplice.

VIRGINIA.—¿Pero su nombre?

MARIA.—¿Y qué importa el nombre cuando es cierto lo que te estoy diciendo?

VIRGINIA.—Te voy á dar un consejo, María pero es necesario que lo tomes.

MARIA.—Sí, dime. . . .

VIRGINIA.—No vayas á ese baile esta noche: procura olvidar lo que te han referido y condúctete con Cárlos como si nada supieras.

MARIA.—¡Cómo! ¿Y tú me dices que olvide injuria semejante y que ame al que así me ofende como hasta ahora le habia amado?

VIRGINIA.—Sí, María, yo te lo digo y créemelo,

es lo que puedes y debes hacer. Fíjate en la idea de que es una mentira lo que se te ha dicho; no trates de averiguar lo que háy de cierto sobre el particular, si no quierés hacerte desgraciada, y ama cuanto puedas al que la suerte te dió por esposo, si es que puedes amarle, y resignate si nó y sufre entonces en silencio.

MARIA.—¡Hacerme desgraciada! ¿Y no lo soy ya desde que la duda, mejor dicho, desde que la horrible realidad corroe mi corazon? ¡Ah! ¡Virginia! Tú no has amado nunca, cuando tales consejos me das.

VIRGINIA.—¡Que nó he amado! ¿Y es una mujer quien á otra mujer se lo dice?

MARIA.—Si hubieras amado como yo, comprenderias entonces lo que me sucede á la sola idea de su infidelidad, y la necesidad que tengo de saber de una vez su traicion, mejor que ser víctima de la duda, y sin poder amarle ni aborrecerle.

VIRGINIA.—¿Y si tú supieras que esa misma duda es en lo único en que puedes encontrar alivio á tus pesares, y que ella, de hoy en adelante, será tu sola felicidad? ¿Qué ganarias con ir á ese malhadado baile, y presenciarse en él tal vez la confirmacion de tus temores? Recibir un golpe cruel y terrible que te despedazará el alma; perder, como los condenados, hasta la esperanza de volver á ese cielo de donde de repente caes, cuando creias habitarlo siempre; sufrir solo despues, al estar obligada á vivir al lado de un hombre á quien no podrias amar jamas, teniendo que soportar la humillacion constante, el suplicio vergonzoso de ser su mujer, su mujer, ¿entiendes? cuando se le antojara que lo fueras, sin sentir otra cosa mas que un ódio siempre creciente, por quien

sin estimarte se servia de tí, como de una esclava que habia comprado, como de una mujer del mundo, cuyos favores habia pagado con anticipacion.

MARIA.—¡Oh! calla, calla, si no quieres que muera de dolor y de despecho.....

VIRGINIA.—Mientras que con la duda te quedará siquiera el consuelo de que muchas veces, al escuchar sus cariñosas palabras, al recibir sus caricias y las demas demostraciones de lo que tú llamarás amor, aunque no lo sea, creerás en su estimacion, creerás en su cariño, y aun te avergonzarás de haber sospechado de quien tan amante se te muestra. Llegarás tal vez á olvidar lo que te ha acontecido, admirándote de haber dado crédito á lo que tú verás como calumnias, y si esto no sucede, á lo ménos, no teniendo la certidumbre de sus faltas, no tendrás tampoco el porvenir tan triste que sabiéndolas se te aguarda.

MARIA.—Nó, nó; prefiero mil veces la verdad por horrible que ella sea, porque cuando yo le he dado mi corazon borrando de él todas las otras puras y santas afecciones con que se alimentaba, para no amar á nadie mas que á él solo, con un amor que absorvió el que tenia á mis padres, á mis amigas, á todo lo que era objeto de mi cariño; cuando yo me entregué á él olvidando el pudor y la vergüenza, y atropellando como yo no me hubiera creído capaz de hacerlo, con esos sentimientos que habian echado raices en mi alma, adquirí entonces derechos á su amor y á su consideracion, y la sola idea de que él se burle así de mi honra, confundiéndome con cuantas mujeres pueden despertar sus deseos sensuales, me mata, me asesina y..... nó, no puedo soportarla, porque esa falta y las otras muchas que haya cometido

me deshonran á mí tambien, y no puedo dejarlas pasar desapercibidas. ¡Qué! ¿no comprendes esto, Virginia?

VIRGINIA.—Lo comprendo, María; pero no es mi corazon el que ahora te aconseja; es mi razon, que está leyendo en tu porvenir, y que aun corriendo el peligro de hacer que por ahora tu amistad hácia mí se debilite, se empeña en salvarte del precipicio á donde tu pasion te arroja.

MARIA.—[¡Ab! será capaz de aconsejar á Cárlos que no concurra á esa cita para que yo permanezca engañada. Es preciso evitar á todo trance que pueda decirle algo]. Yo te agradezco, Virginia, lo que haces por mí, y confieso que tal vez tienes razon; pero ¿qué quieres? ha sido tan inesperado este golpe que casi me ha vuelto loca. Mira, vámonos de aquí..... á tu casa.... allí paso el dia contigo... tus palabras me tranquilizarán, y estando á tu lado y sin ver á Cárlos, llegará la noche y se pasará sin que se realice esa idea que tú combates, ¿te parece?

VIRGINIA.—Bien, vamos; apruebo la idea. Le dejaremos dicho á Cárlos que te he llevadó conmigo.

MARIA.—Sí, pronto, pronto. [*Se pone la mantilla y al salir entra Cárlos*]. ¡Ah! (Hélo aquí). [*María permanece con retraimiento disimulando su emocion*].

ESCENA CUARTA.

MARIA, VIRGINIA Y CARLOS.

CARLOS.—[*Con galantería*]. ¡Cómo, señoras! ¿de viaje?

VIRGINIA.—Sí, me he encontrado á María tan triste que me he empeñado en llevarla conmigo. Ya sabe vd. dos mujeres solas pronto se consuelan.

CARLOS.—¿Y si supiera vd. que yo he sido tal vez la causa de esa tristeza? Pero hemos quedado mas amigos que nunca; ¿es verdad, alma mia? [*Al decir estas palabras se acerca á María á hacerle caricias, esta huye y se echa en brazos de Virginia*].

MARIA.—¡Ah!

CARLOS.—¡Cómo, querida! ¿no me has perdonado, pues, el ligero disgusto que ahora te causé?

VIRGINIA.—Déjemela vd.; yo se la devolveré enteramente curada. Vamos, María. Hasta luego.

CARLOS.—Vuélvamela vd. risueña y alegre como los ángeles á quienes se parece. [*Se van Virginia y María, esta sollozando*].

ESCENA QUINTA.

CARLOS.]

[*Sacando una carta*]. Por fin esta noche. Voy á leer otra vez su carta que me lo asegura.

FIN DEL ACTO CUARTO.

... the ... of ...
... the ... of ...
... the ... of ...
... the ... of ...
... the ... of ...

... the ... of ...
... the ... of ...
... the ... of ...
... the ... of ...
... the ... of ...

ROBERT QUINN

...

... the ... of ...
... the ... of ...

THE END OF THE MATTER

ACTO QUINTO.

Antesala en casa de D. Juan.—Puerta al fondo y laterales.
—Una cómoda.— Se oye la música
del baile en el interior durante lo mas del acto.

ESCENA PRIMERA.

D. JUAN, ANDREA.

ANDREA.—[*Con dominó negro y la careta en la mano*]. Vamos, ¿me negarás que has estado contento y que te has sentido mucho mejor que ningun dia?

JUAN.—[*Sin disfraz y dominando su emocion*]. Sí, sí; he estado muy divertido y no me he acordado siquiera de mis enfermedades.

ANDREA.—Me alegro, sobre todo para que otra vez aceptes desde luego los consejos que te dé. Pero es cerca de la una de la mañana, no seria conveniente que permanecieras mas tiempo en vela, y es necesario, si no quieres acarrear un mal, que te vayas á recoger; para rogártelo es para lo que te he seperado del salon.

JUAN.—¡Ah! ¿Crees que es hora de recojerme?
[Ya le estorbo].

ANDREA.—¡Por supuesto! ¿O le parece á vd. poco cuatro horas de desvelo y de alegría?

JUAN.—Nó, es demasiado y veo que tienes razon. Me voy: eres una muger incomparable y no podré agradecerte nunca, como debo, los cuidados que me prodigas.

ANDREA.—Me dices eso con un tono, como si tuvieras sentimiento de dejar la fiesta. ¡Lo que son las cosas! Hé aquí al sugeto que no queria hacer un baile y que ahora ya pretende amanecerse en él.

JUAN.—¡Oh! nó; la prueba de que no es así es que, mira, ya me retiro. Que te diviertas.

ESCENA SEGUNDA

ANDREA

Por fin se vá. Ya temia yo que se le antojara estar en pié toda la noche y que trastronára así mis planes..... Faltan diez minutos para la una; abriré mi gabinete para no detenernos al entrar, y conseguir así que seamos menos notados. [*Abre la puerta del costado con la llave*]. Ahora vamos á cambiar este domiño por el convenido, y á hacer que Carlos me note para que me siga. [*Se va por el fondo: á poco sale Don Juan observando. Se oye la música durante la escena.*]

ESCENA TERCERA.

D. JUAN.

Ni un signo de remordimiento, ni la menor muestra de vacilacion. Marchaba á la infamia con paso firme y resuelto, con la sonrisa en los lábios y como si se tratara de la accion mas sencilla é inocente. ¿Qué es esto, Dios mio? A tan corta edad y bajo la máscara de una fisonomía tan hermosa, que no revela mas que el candor y la virtud, ¿se puede abrigar una alma tan corrompida y tan avesada al crimen como la suya? ¡Oh! yo estoy desorientado con lo que veo: todas mis creencias vacilan, todas mis teorías se trastornan. ¿Donde están, pues, la honradez, la sinceridad y la inocencia? ¿Dónde encontrar un amigo, un corazon que no mienta, un hermano á quien amar, si quien deberia ser nuestro hermano y nuestro amigo se vale solo de nombres tan sacrosantos para burlarnos y escarnecernos? Y adquirir esta apariencia á los sesenta años, al dar el último paso hácia la tumba que me aguarda. ¡Ah! ¡maldita! ¡No sabes tú lo que me haces! ¡No sabes tú que por tu causa, cuando yo debia morir tranquilo, con una bendicion en los lábios y la mirada fija en el cielo, arrebatado por esta tempestad que me sacude, mi muerte será la de un condenado, y mis últimas palabras una maldicion y una blasfemia!.. ¡Ah! creo que álguien se acerca á este lugar... Es necesario verlo todo; quiero agotar hasta las heces la copa del dolor y de la desespera-

cion! [*Se oyen risas y voces de máscaras. D. Juan saca de la cómoda un dominó y una careta y se los pone.*]

ESCENA CUARTA.

D. JUAN, D. AMADEO, MARIA. [CON TRAJES
Y MÁSCARAS].

Máscara primero.—¿Te has quitado la careta para ver mejor? Buscas á tu mujer; y no pudiendo encontrarla, mirando por tus ojos de razo, te has resuelto á que todo el mundo te conozca, aunque reveles en tu cara espantada los celos que te devoran. ¿Qué tal? te he adivinado ¿es verdad?

El máscara sin careta. ¡Oh! sí eres terrible para la adivinacion.

Máscara primero.—¡Hola! quieres echarla de des- preocupado. Venid, venid. [*A los otros máscaras que se acercan*].

Máscaras.—Véamos, ¿de qué se trata?

Máscara primero.—El Sr. está celoso; él lo niega pero yo voy á probárselo.

Unos.—¡Bien, bien!

Otros.—Véamos.

Máscara primero.— [*A la persona designada*]. Tu muger tiene un primo que la visita, á quien tú recibes apretándole la mano, pero de quien tienes sospechas desde un dia que encontraste al uno y á la otra haciéndose demostraciones que es dudoso autorice el parentesco.

Unos.—¡Bravo!

Otros.—¡Já, já, já!

Máscara primero.—Ahora viniste al baile con tu muger, vino el primo tambien y hace una hora

que recorres azorado los salones, porque durante todo ese tiempo ambos se te han extraviado y no sabes dónde paran. [*Risas*].

El máscara sin careta.—[Yo me escurro]. [*Se pone la careta y dice en tono de máscara*]. ¿Crees que eres divertida, mascarita? pues te pegas chasco, porque estás muy fastidiosa. Abur, abur. [*Risas*. Todos los máscaras van á seguirle: el primero se encuentra con D. Juan y se detiene y dice á los demas.]

Máscara primero.—¡Eh! camaradas, volveos. [*Vuelven*].

Máscaras.—¿Qué ocurre? ¿qué sucede? ¿qué es ello?

Máscara primero.—[Poniendo la mano en el hombro de D. Juan]. Adivinad á quién envuelve este lígubre dominó. Ved qué aspecto tan grave, qué movimiento, qué tristeza tan profunda revela. Vamos, adivinad.

Uno.—Es un teólogo que para censurar las máscaras con conocimiento de causa, viene á convenirse de sus peligros.

Otro.—Es un fraile que cree que se encuentra en el convento, y teme infringir la regla.

Otro.—Es un espía.

Máscara primero.—Amigos míos, sois unos inocentes: ó es un enamorado á quien ha desahuciado su amada, ó es otro celoso y mas que el que acaba de salir. [*Risas*].

Uno.—Eso, eso es.

JUAN.—[*Desprendiéndose y huyendo*]. ¡Maldición!!

ESCENA [QUINTA.

TODOS, MENOS D. JUAN.

[*D. Amadeo y María permanecen separados*].

Máscara primero.—A éste sí le pusimos el dedo en la llaga; sigámosle.

Máscaras.—Sigámosle. Vamos. Sí, sí. [*Salen. Quedan María y D. Amadeo: el dominó de María debe ser negro*].

ESCENA SESTA.

D. AMADEO. Y MARÍA.

[*Se quitan la careta cuando han desaparecido los máscaras.*]

MARÍA.—¿Y bien, señor?

AMADEO.—Vá á dar la una: dentro de unos instantes se convencerá vd. de lo que le he dicho. En ese gabinete se reunirán.

MARÍA.—Veamos. [*Vá á la puerta y registra con su mirada*].

AMADEO.—¿Qué hace vd?

MARÍA.—[*Como consigo misma*]. Todo está arregladoSí, allí hay donde ocultarme: oiré yo yo misma, veré yo misma todo cuanto pase.

AMADEO.—Pero ¿qué esta vd. diciendo?

MARÍA.—¿A qué me ha traído vd? A ver, á oír,

á convencerme. Pues bien, puede vd. retirarse mientras yo me oculto en ese gabinete; solo así me convenceré.

AMADEO.—Pero reflexione vd.....

MARIA.—Permítame vd. advertirle que no he pedido sus consejos, sino que solo le he hecho saber mi resolución. [*Se mete en el gabinete y cierra la puerta*].

ESCENA SETIMA.

AMADEO.

Esta mujer está furiosa y será capaz de cometer una locura..... En fin, ¿qué me importa si yo consigo mi objeto, y puedo al cabo gozar de todas las seducciones que su hermosura me ofrece? Creo que se acercan; que nadie me vea en este traje; sería hombre perdido. [*Se pone la careta*].

ESCENA OCTAVA.

D. AMADEO, ANDREA.

ANDREA.—[¡Hay gente aquí! ¡Ahuyentémosla!] Mascarita.....

AMADEO.—[Es ella..... vámonos para no impedir que los acontecimientos marchen].

ANDREA.—¿No me oyes, mascarita?

AMADEO.—[*Disfrazando la voz*]. Pues qué, ¿me hablaste?

ANDREA.—Estás muy distraído ¿en qué pensabas?

AMADEO.—Buscaba á álguien que no eres tú.

ANDREA.—¿Te citó para este lugar?

AMADEO.—Nó, pero yo la busco porque no está en el salon.

ANDREA.—¡Con que se trata de una mujer! ¿será tu esposa?

AMADEO.—Tal vez.

ANDREA.—Pues búscala, porque quién sabe si te está sucediendo una desgracia en este momento.

AMADEO.—Te agradezco el consejo y lo sigo, pero si me ha sucedido esa desgracia ¿me consolarás tú de ella?

ANDREA.—Es seguro, sospecho que eres tan seductor. ¡Já, já, já!

AMADEO.—Creo que allá vá: te dejo, mascarita; ya nos veremos; hasta luego.

ESCENA NOVENA.

ANDREA

¿Qué hará Cárlos?..... Creo que allí esta....
¡Chist! ¡chist!

ESCENA DECIMA.

CARLOS, ANDREA.

CARLOS.—¿Eres tú, Andrea?

ANDREA.—¡Silencio; vamos para acá! [*Se quitan la careta y se entran en el gabinete. Sale D. Juan observándolos con dominó y sin careta*].

ESCUENA UNDECIMA.

D. JUAN.

¡Bien, bien; muy bien! Ya no hay duda.... el crimen está consumado; ahora falta la venganza.... Pero tiemblo todo?... no me atrevo.... ¿Qué hacer? ¡Castigarlos! [*Se asoma al fondo y á media voz dice:*] ¡Hola! ¡señores; venid; venid; voy á daros un momento de placer, venid pronto!

ESCUENA DUODECIMA.

D. JUAN, D. AMADEO (CON CARETA) Y MÁSCARAS.

Máscaras.—¿Qué hay? ¡Veamos! ¿Qué pasa?

JUAN.—Aguardad. [*Va á la puerta del gabinete echa la llave y se la guarda en el bolsillo.*]

AMADEO.—(¡Ah! no esperaba yo esto).

JUAN.—Os he dicho que voy á daros un momento de placer y creo que no me equivoco, ya lo vereis. Pero se trata de una cosa seria, sentimental, que no debe verse bajo la careta, sino á toda luz, á cara descubierta, porque... .. importa que seamos conocidos. Señores, os lo ruego, descubrios.... Ofrecemos todos guardar el secreto.

Máscara primero.—¿Pero de qué se trata?

Otros.—Sí, sí; decid.

JUAN.—Descubrios, por favor, y sin acordaros que es el dueño de la casa quien os lo suplica.

Máscara primero.—[*Quitándose la careta así como los demas*]. Me alarma vd. Sr. D. Juan.

JUAN.—¡Oh! Sr. Dominguez; señores, no pensaba encontrarme en tan buena compañía.

AMADEO.—[*Sin quitarse la careta*]. [Soy Amadeo no quiero ser conocido déjame así]

JUAN.—[*Alto*] ¡Oh; nó; descúbrete, Amadeo! los señores no estrañarán verte aquí, cuando sepan que solo has venido cediendo á mis instancias, porque queria que tú tambien presenciaras lo que ellos van á presenciar. Señores, ¿qué pena merece una mujer que abusando de la bondad y candor de su marido le engaña miserablemente, tiene un querido con quien se encenega en el vicio, y olvidando así sus deberes convierte á su esposo en el despreciable objeto de la burla y del escarnio de la sociedad?

AMADEO.—¡Juan, por Dios! . . .

JUAN.—Esa mujer, señores, merece ser expuesta á la vergüenza pública, para que se conozca su delito, para que reciba en la cara la saliva del desprecio con las miradas de todos los que la contemplan, y ser luego arrojada á puntapiés de la causa que profana, para que vaya á caer al lodazal en donde debe estar! ¡Pues, bien! esa mujer..... esa mujer es la mia, y aquí la teneis con su amante.

ESOENA DECIMATERCIA.

DICHOS, MARIA, CARLOS.

[*María, con el dominó de Andrea y trayendo á Carlos de la mano*].

MARIA.—¡Mentira, caballero! Esa mujer está con su marido, admirándose de que vd. se haya

atrevido á provocar en su propia casa escena semejante.

JUAN.—¡Ah! ¡no era ella! ¡Perdon, señores, perdon! ¡Soy un infame!

MARIA.—Señores, creo que ya no tiene objeto vuestra presencia en este lugar y me atrevo á suplicaros que volvais al baile.

AMADEO.—[No comprendo qué es esto].

Máscara primero.—¡Qué horror!

Otro.—¡Qué escándalo!

Otro.—¡D. Juan, es una iniquidad lo que vd. ha hecho!

Otro.—¡Qué ligereza!

ESCENA DECIMACUARTA.

D. JUAN, MARIA, CARLOS y D. AMADEO.

JUAN.—¡Pero esa carta, Dios mio, esa carta!...

ESCENA DECIMAQUINTA.

DICHOS, ANDREA.

MARIA.—[*Va al gabinete y saca á Andrea de dominó negro*]. Explique vd. esa carta señora.

JUAN.—¡Andrea!...

ANDREA.—Sí, Andrea, á quien ha ofendido vd. miserablemente.

MARIA.—(Creo que me arrepiento de haberla salvado). Explique vd. lo de la carta.

ANDREA.—Esa carta ha sido escrita para realizar una reconciliacion entre los señores que esta-

ban disgustados por cualquiera bagatela. Antes de mi matrimonio he tenido relaciones de amistad con uno y otro, y he aprovechado ahora la oportunidad de poder ponerlos de acuerdo; he escrito á petición de la señora, una carta al señor, que no sé como puede haber visto vd. para interpretarla de un modo tan infame.

CARLOS.—(Qué cinismo).

JUAN.—Andrea, Andreita, perdon; eres un ángel y yo no te merezco. Señora, disculpe vd. á un hombre, que si ha cometido una tan grave, tan imperdonable falta, es solo porque se sentia herido en lo mas sagrado de su corazon. Ama á su mujer y temia que se la arrebataran. Sr. Fernandez, ¿escusará vd. tambien lo que he hecho?

CARLOS.—Todo está olvidado, caballero; sea vd. feliz.

JUAN.—Andrea, Andrea idolatrada, sé tú tambien generosa, y perdona á quien te adora. Vamos, vamos por acá para proclamar tú virtud en alta voz; no interrumpamos tampoco la dicha de que eres causa.

ESCENA DECIMASESTA.

MARIA, CARLOS, D. AMADEO [RETIRADO.]

CARLOS.—María, tú sí que eres un ángel y no me atrevo á levantar los ojos delante de mí.

MARIA.—Señor, me he quedado de propósito para decir á vd. dos palabras que serán las últimas que atravesamos. Quise convencerme por mis propios ojos de la infidelidad de vd. y estoy

persuadida de ella. Con esto quedan para siempre rotos los vínculos que nos ligaban.

CARLOS.—¿Por qué salvarme entonces?.....

MARIA.—¿A vd?..... He visto las angustias de esa mujer al escuchar á su marido y me ha dado lástima; he visto que podia eviarle una afrenta espantosa de que vd. era la causa, y se la evité por orgullo de mi sexo, por no ser yo mañana tambien el objeto de las conversaciones de todo el mundo. ¡Pero salvar á vd! Meretiro, y oiga vd. antes mi última resolucjon. Si vd. quiere evitar el escándalo de una separacion pública, no recuerde vd. jamas que habitamos una misma casa, no se ponga vd. nunca delante de mí, y procure vd. ser feliz como mejor le agrade.

CARLOS.—¡Oh! yo conquistaré de nuevo tu corazón.

MARIA.—[*Al salir*]. ¡Jamás! [*Al irse le sale al encuentro D. Amadeo*].

AMADEO.—Señora ¿desea vd. que nos retiremos ya?.....

MARIA.—Deseo, caballero, no tener nunca el disgusto de ver á vd. otra vez.

AMADEO.—[*Yéndose*]. ¡Me ha burlado!

ESCENA DECIMASETIMA.

CARLOS.

¡Jamás, jamás, ha dicho! ¡Ah! ¡lo merezco, pero yo me esforzaré porque esa palabra sea mentira! [*Cae el telon*].

FIN DE LA COMEDIA.





1870

1871